

7.5
LOS HOMBRES
DE ENERGÍA Y CORAJE

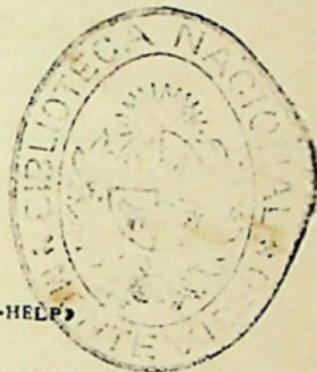
por

SAMUEL SMILES

~~~~

NOTAS BIOGRÁFICAS

TOMADAS DEL POPULAR LIBRO TITULADO «SELF-HELP»



MADRID

IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA

Estrella, 13, bajo

1876

27777001, 203

МАССА Й. АРДВАА БЛ

БОЛОНДАА

## AL LECTOR

A continuacion va un capitulo de la popularísima obra del escritor inglés Samuel Smiles, titulada *Self Help*. La idea fundamental de esta obra es la de que la primera virtud del hombre es «la voluntad de bastarse á sí propio.»

¡Qué absurdo para los españoles del doctrinarismo y de la decadencia!

Pero no importa. La idea es verdadera y queremos contribuir á propagarla.

Además, en el capitulo que hoy reproducimos se pone de manifiesto el comienzo humilde de algunas empresas que son la gloria de la Edad moderna. Entre otras, la abolición de la *trata* y la emancipación de los esclavos. Sin la voluntad de media docena de hombres,—sin la resolución de *uno solo* nada se habría hecho.

La esclavitud es una infamia, un crimen que *hoy* (sí, *hoy*!) abruma nuestra conciencia. Es nuestro mayor crimen.—¡Vé, lector, cómo los ingleses redimieron su pecado! ¡Ay de ellos si hubieran esperado la iniciativa del Gobierno!

Por último, la reproducción de los datos biográficos del

libro de Smiles puede pasar por un desahogo en estos tristes tiempos.

«Sois indignos de la libertad—se nos dice,—sois incapaces del derecho. El individuo nació para la tutela. Los derechos naturales son una quimera...»

Está bien. Pero repasando en la memoria lo que los individuos han hecho por sí solos, antojásenos tomar los tipos de Smiles y echarlos al mundo, riendo y gritando:

*Ecce homo.*

Noviembre de 1876.- Madrid.

LOS HOMBRES  
DE  
ENERGÍA Y CORAJE

---

El mundo es de los valientes.  
(Proverbio alemán.)

A cœur vaillant rien d'impos-  
sible.  
(Divisa de Jacques Cœur.)

Atribuye la fama á un viejo guerrero del Norte esta frase célebre, que caracteriza profundamente á la raza teutónica: «No creo en los ídolos ni en los demonios; toda mi confianza la tengo puesta en la fuerza de mi cuerpo y en el temple de mi alma.» El antiguo escudo que llevaba una pica con este mote: «Hallaré un ca-  
mino ó me haré uno,» nos ofrece una expresión no  
ménos enérgica que la primera de aquella vigorosa in-  
dependencia que hasta el dia ha distinguido á los hom-  
bres del Norte. Y en verdad que nada más caracterís-  
tico de la mitología escandinava que el haber armado  
á su Dios de un martillo.—No se necesita mucho para  
poner de relieve el carácter de un hombre, y hasta cierto  
punto y por insignificante que parezca la prueba, pue-  
de juzgarse de su energía por la manera con que gol-  
pea el yunque. No necesitó más un eminentе francés

para hacer en pocas palabras resaltar el rasgo característico de los habitantes de cierta provincia, en la cual uno de sus amigos quería establecerse y comprar tierras. «Guardaos bien de hacerlo—le dijo;—conozco á las gentes de ese país: los alumnos que envian á la escuela de veterinaria de París golpean muy flojamente el yunque; carecen de energía, y no sacareis nada satisfactorio del capital que coloqueis allí.» Bella y justa apreciación del carácter, que no podía emanar más que de un observador exacto y profundo y que hace resaltar el hecho de que la energía de los individuos es lo que constituye la fuerza del Estado y da valor al mismo suelo que cultivan. El proverbio francés lo ha dicho: *«Tant vaut l'homme, tant vaut la terre.»*

El cultivo de esta cualidad es de la mayor importancia, porque el vigor del cuerpo puesto al servicio de una noble ambición es el fundamento de toda verdadera grandeza de carácter. Una buena dosis de energía hace á un hombre capaz de ocuparse de los detalles más secos y de los trabajos más fatigosos, y concluye por llevarle á primera fila, sea cual fuere la condición social en que el cielo le hubiere hecho nacer. La energía, en último término, hace más cosas que el génio y espone á la mitad de los peligros y decepciones. No es tanto la eminencia como la firmeza de los propósitos, no es tanto el poder de triunfar de las dificultades cuanto la voluntad de trabajar con energía y perseverancia, lo que nos ofrece en todo seguras garantías de éxito; de donde se sigue que en el carácter humano la energía es la verdadera potencia capital—en una palabra, el hombre mismo. Ella sola es la que da im-

pulso á sus actos, alma á sus esfuerzos; ella la que proporciona punto de apoyo á toda legítima esperanza; y la esperanza es, á su vez, la que da á la vida su verdadero perfume. Entre las reliquias de Battle Abbey (la Abadía levantada por Guillermo el Conquistador en el sitio de la batalla de Hastings) se encuentra un casco roto con esta divisa: «*La esperanza es mi fuerza,*»— que podría ser nuestra divisa general. «*Maldito el coton,*» dice el hijo de Sirach; y no hay, en efecto, bendicion que valga la posesion de un corazon valiente. Aun cuando el hombre sucumba, ¡qué satisfaccion la de poder decirse que uno ha hecho todo lo que podia! En la vida cotidiana nada alienta más y nada es más bello que ver á un hombre oponer la paciencia al dolor, triunfar por la sola fuerza de su carácter, y cuando sus pies sangran y sus rodillas flaquean, marchar aun, sostenido por su coraje.

Los deseos vagos y las aspiraciones sin fin, son lo más adecuado para engendrar una especie de clorosis en los espíritus jóvenes. Es preciso que los deseos se traduzcan pronto en hechos y actos. No basta aguardar (como tantas gentes hacen) que Blücher llegue: es preciso, aguardando, combatir y perseverar como Wellington. Es necesario que cuando se ha formado una buena resolucion, se ejecute con ardor y sin dejarse separar del objeto. En muchas ramas de la actividad social es preciso soportar un poco y alegremente el trabajo y la pena, no viendo en ellos más que una disciplina necesaria. «En la vida—dice Ary-Scheffer--nada da fruto sino lo que cuesta una pena al corazon ó trabajo á las manos. Luchar y siempre luchar es la vida, y por este

lado la mia ha sido siempre completa; pero no me atrevo á decir con justo orgullo, que nada' haya abatido nunca mi coraje.—Con un alma fuerte y una noble intencion *se puede todo lo que se quiere*, moralmente.»

Cárlos IX de Suecia creia firmemente en el poder de la voluntad, aun en las gentes muy jóvenes. Un dia, poniendo la mano sobre la cabeza del más jóven de sus hijos, que se hallaba frente á una empresa difícil: «Lo hará—dijo—lo hará.» Como todo otro hábito, el de aplicarse al trabajo con celo y continuidad se hace con el tiempo comparativamente fácil. Así es como las personas que solo tienen una inteligencia ordinaria y un pequeño talento concluyen por hacer mucho si se dedican por entero é infatigablemente á una sola cosa á la vez. Las gentes en quienes Fowell Buxton ponía toda su confianza eran, segun él decia, aquellas que á medios comunes unian cierta extraordinaria aplicacion y que ponian en práctica este mandato de la Sagrada Escritura: «Lo que hagas, hazlo con la mejor voluntad.» El mismo atribuia sus notables éxitos en la vida al hábito que habia contraido de «consagrarse por completo á una sola cosa á la vez.»

Nada que sea realmente meritorio puede conseguirse si no se trabaja con amor. El hombre debe principalmente su crecimiento intelectual á esta energia *activa* de la voluntad, á esta lucha con las dificultades que llamamos *esfuerzo*; y es asombroso ver cómo se consiguen frecuentemente resultados que al principio se habian estimado imposibles. Basta algunas veces una intensa aspiracion para trasformar la posibilidad en realidad, porque en no pocas ocasiones nuestros deseos

son los correos de aquellos que tenemos poder de ejecutar. Al contrario, los espíritus tímidos y vacilantes lo hallan todo imposible, principalmente porque todo les parece así. Cuéntase de un jóven oficial francés, que se paseaba frecuentemente en su cuarto gritando: «Yo seré un gran general y al cabo vendré á ser mariscal de Francia.» Este ardiente deseo fué el presentimiento del éxito, porque, en efecto, fué un general distinguido y murió mariscal de Francia.

Mr. Walker, autor de *El Original* (série de ensayos publicados en Lóndres), tenía una fé tan grande en el poder de la voluntad, que un dia *resolvió* (nos dice) *ponerse bueno* y se puso. Esto puede salir bien una vez; pero aun cuando tal tratamiento ofrezca ménos peligros que la mayor parte de las recetas de los médicos, será conveniente no fiar mucho en él. El poder que el espíritu tiene sobre el cuerpo es grande sin duda, pero puede llegar al agotamiento y la postracion completa de las fuerzas físicas. De Muley Moluc, capitán marroquí, se cuenta que se hallaba presa de una enfermedad incurable, en el momento en que se libraba una batalla entre su tropa y los portugueses. Sabe que en el instante decisivo sus soldados cejan y se desbandan: arrójase de la cama; reune sus huestes; condúcelas á la victoria, y en seguida cae rendido y lanza el último suspiro.

La fuerza de la resolucion—la *voluntad* es la que da á un hombre el poder de *hacer* ó de *ser* todo lo que se ha puesto en el espíritu que haria ó seria. Un hombre notable por su piedad tenía la costumbre de decir que «todo en nuestra vida depende de nosotros mis-

mos; y que tal es la fuerza de nuestra voluntad, unida á la gracia divina, que todo lo que sería y firmemente queremos llegar á ser, lo logramos; así que nadie que desee con ardor ser humilde, paciente, modesto ó liberal, deja de llegar á serlo.»—Cuéntase de un carpintero que un dia trabajaba con especial cuidado un sillón de magistrado de cuya compostura se había hecho cargo, y como fuese interrogado respecto de la razon de aquel extraordinario celo, contestó: «Es para que halle este sillón más cómodo, cuando me toque sentarme en él.» Y el carpintero progresó de tal suerte, que concluyó, en efecto, por sentarse en aquel sillón, como magistrado.

Sean las que fueren las conclusiones teóricas á las cuales los lógicos lleguen sobre la cuestión del libre arbitrio, todos sentimos perfectamente que somos prácticamente libres de elegir el bien ó el mal; que no somos como el leño, que, arrojado al torrente, no puede de más que indicar, siguiéndole, el curso del agua, sino que tenemos en nosotros mismos los recursos del nadador y que podemos elegir la dirección que nos conviene, luchar contra las olas y á despecho de la corriente, ir á donde nos plazca. Ninguna coacción absoluta pesa sobre nuestra voluntad, y sentimos y sabemos que en lo que concierne á nuestras acciones, no estamos encadenados por ningún género de mágia. Todas nuestras aspiraciones hacia lo bello y lo bueno quedarian paralizadas si pensásemos de otro modo. Todos los negocios y toda la conducta de la vida, nuestros reglamentos domésticos, nuestros arreglos sociales, nuestras instituciones públicas, todos están basados en

la noción práctica del libre albedrio. ¿Qué sería sin esto la responsabilidad? ¿De qué serviría enseñar, aconsejar, predicar, reprender y castigar? ¿A qué las leyes, si no existiese la creencia universal de que depende de los hombres y de su individual determinación conformarse ó no con ellas? A cada instante de nuestra vida, nuestra conciencia proclama que la voluntad es libre. Vé ahí la única cosa que es completamente nuestra, y la dirección buena ó mala que le damos no depende en definitiva más que de nosotros. Nuestras costumbres, nuestras tentaciones, no son nuestros dueños, si que nuestros servidores. Aun cuando cedamos, nuestra conciencia nos dice que podríamos resistir, y que para vencer en el momento del conflicto solo es preciso una resolución no más fuerte que aquella de que nos creemos perfectamente capaces si quisieramos realizar un acto de voluntad.

«Os hallais—decía el abate Lamennais á un alma enferma—en la edad de *la decision*; más tarde se sufre el yugo del destino que uno se *ha hecho*; se gime en la tumba que uno se ha labrado, sin poder levantar la piedra..... Lo que se gasta más pronto en nosotros es la voluntad. Sabed, pues, querer una vez, querer fuertemente: fijad vuestra vida flotante y no la dejéis llevar á todos los vientos como pedazo de seca yerba.»

Buxton estaba convencido de que un hombre joven podría llegar á ser lo que quisiese, siempre que formara una fuerte resolución y se atuviera á ella. Escribía á uno de sus hijos: «Has llegado á una edad en que es preciso tomar un partido. Si no demuestras ahora que tienes principios, resolución, fortaleza de

espíritu no tardarás en caer en la holganza y en contraer los hábitos y el carácter de un jóven inútil y desordenado. Y si alguna vez llegas á este punto, está seguro que no será empresa fácil el levantarle. Tengo poco cierto que todo jóven puede llegar á ser, sobre poco más ó menos, todo lo que le plazca ser. En cuanto á mí, así ha sucedido..... La mayor parte de mi felicidad y de todos mis triunfos en la vida, ha sido el resultado de la resolucion que tomé á la edad que tienes. Si te determinas seriamente á obrar como hombre enérgico é industrioso, considera como seguro que toda la vida tendrás motivo para regocijarte de haber tenido la discrecion de formar una resolucion semejante y de haberla seguido.» Como la voluntad, si se la considera sin haber en cuenta la direccion en que se ejerce, no es simplemente más que constancia, firmeza, perseverancia, claro está que todo depende de la direccion que se le dé. Si no se encamina más que á los goces sensuales, una fuerte voluntad es un demonio, del cual la inteligencia es el innoble esclavo; pero dirigida al bien, esta misma voluntad es una reina que tiene por ministros á nuestras facultades intelectuales y á cuya cabeza preside el desarrollo, más elevado de que es capaz la naturaleza humana.

*Que con voluntad se llega á todo* es una máxima que no por ser vieja es menos verdadera. Aquel á quien se le pone en la cabeza hacer una cosa, por esta misma resolucion disminuye frecuentemente las dificultades y asegura la realizacion de su deseo. Creerse capaz es casi serlo: determinarse á realizar un progreso cualquiera, es frecuentemente haberlo realizado. Por esto

la resolucion y la energía parecen tener en si algo de la omnipotencia.

La fuerza de carácter de Souvarox residia en el poder de su voluntad, y como la mayor parte de las gentes resueltas, erigia este poder en sistema.

«Sin duda, no quereis más que á medias»—decia á los que fracasaban en sus empresas. Como Richelieu y Napoleon habria desterrado del diccionario la palabra *impossible*. «Yo no sé»—«Yo no puedo»—«Imposible»—eran frases que detestaba fuera de toda expresion. «Aprended—haced—intentad!»—gritaba. Así ha podido decir de él su biógrafo que «presenta un notable ejemplo de lo que pueden realizar el desarrollo enérgico y el ejercicio sostenido de facultades, cuyo germen, por lo ménos, se halla en el corazon de todos los hombres.»

Una de las máximas favoritas de Napoleon era la de que «la más alta sabiduría es una firme resolucion.» Su vida mejor que otra cualquiera nos demuestra bajo los más vivos colores, todo lo que una voluntad poderosa y que no detiene ningun escrupulo es capaz de hacer. En la balanza en que se pesaron sus destinos puso toda la fuerza de cuerpo y de espíritu de que podía disponer. Uno tras otro, los soberanos imbeciles y las naciones por ellos gobernadas, cayeron á sus piés. Los Alpes—decíanle—cierran el camino á vuestros ejércitos... «No habrá Alpes!»—respondió—y la vía del Simplon fué construida á través de un país antes casi inaccesible. «*Impossible*—decia—es una palabra que solo se halla en el diccionario de los tontos.» Trabajaba terriblemente, y en ocasiones daba tanto que

trabajar á cuatró secretarios que á la vez escribían bajo su dictado, cuánto estos podian. A nadie ahorraba el trabajo,—incluso á él mismo. Era centro de la inteligencia, del génio, del poder de su siglo. Ingenieros, sabios, hombres de Estado, todos venian á someterle sus proyectos; adoptaba los mejores y los marcabá con el sello de su genio. Los demás—con ligeras excepciones—se inclinaban ante él como ante una de las fuerzas de la Naturaleza. Su influencia inspiraba á los otros y los animaba con una nueva vida; y lo arrastraba todo por la fuerza, la concentracion y la seguridad de dirección de su actividad. «La lección que Napoleon nos da—dice Emerson—y que nos da uniformemente el ejercicio del vigor corporal ó intelectual, es que siempre hay sitio para él en el mundo. ¡De cuántas montañas de indignas incertidumbres no es la vida de Napoleon la refutacion más cumplida!»

La energía se caracteriza por la decision y la prontitud. «¿Cuándo estareis dispuesto á partir para África?» le preguntaban un dia al viajero Ledyard de parte de la *Sociedad Africana*. «Mañana por la mañana,» contestó en seguida. La prontitud de Blücher le había valido en el ejército prusiano el mote de *Marechal en avant*. Cuando John Jervis, despues conde de San Vicente, fué preguntado respecto del momento en que volveria á reunirse con su barco, repuso: «Al instante.» Y cuando se quiso saber de Sir Colin Campbell, que acababa de ser nombrado para el mando del ejército de la India, cuándo estaria pronto para partir, su respuesta—prenda de sus ulteriores éxitos—fué: «Mañana.» Esta rapidez de decision y esta prontitud de

accion son, en efecto, las que permiten sacar ventaja inmediatamente de las faltas del enemigo y las que deciden muchas veces la suerte de las batallas. Napoleon ha dicho que una de las razones por que había batido á los austriacos era porque estos desconocian el valor del tiempo. Napoleon aprovechaba siempre, para anonadarlos, el momento en que creian no tener necesidad alguna de apresurarse.

El difunto sir Charles Napier, General del ejército de la India, era tambien un hombre de gran energía, como lo prueba esta frase: «Solo conseguirán forzarme á echar más profundas raices en este sitio;» con lo que queria expresar, en una de sus campañas, su firme resolucion de dominar todas las dificultades que le rodeaban. Su batalla de Mecance es uno de los hechos más extraordinarios de que la historia hace mención. Con 2.000 hombres, de los que solo 400 eran europeos, libró batalla á un ejército de 35.000 Beloutchis, robustos y bien armados. Era en apariencia un acto de extrema temeridad, pero el General tenia confianza en si mismo y en sus soldados. Cargó el centro de los Beloutchis á lo largo de un escarpado ribazo que formaba su linea de atrincheramiento, y la batalla fúrosa se sostuvo por espacio de tres mortales horas. Bajo la inspiracion de Campbell, cada soldado de este pequeño ejército se convirtió por el momento en un héroe. Los Beloutchis, bien que veinte contra uno, fueron rechazados, pero su retirada se hizo dando cara al enemigo. Hé aquí la especie de coraje, de tenacidad, de resuelta perseverancia que da la victoria, no solo en la guerra, si que en todas las luchas. La delantera

de una cabeza gana el premio y muestra la raza del corredor; una marcha forzada concluye una campaña; cinco minutos más de obstinado coraje son los que ganan la batalla. Vuestras fuerzas son quizá inferiores á las de vuestro adversario; pero al fin concluiréis con él si sabeis concentrarlas y continuar la lucha por más tiempo. Esta respuesta de un espartano á su hijo, que se quejaba de que su espada era demasiado corta, se aplica á todo en la vida: «Alárgala con un paso adelante.»

Napier seguía el buen método de hacer pasar al alma de sus soldados su espíritu heróico; trabajaba tanto como cualquiera de ellos. «El gran arte de mandar —decía— consiste en tomar para sí una justa parte del trabajo comun. El hombre que conduce un ejército no saldrá adelante si no se consagra por entero á su negocio. Á las dificultades que renacen debe oponer una perseverancia infatigable, á los peligros que crecen un coraje invencible hasta que al fin se hayan dominado todos los obstáculos.» Un jóven oficial que le acompañaba en la campaña que hizo en los montes del Belontchistam, decía: «Cuando veo á este viejo constantemente á caballo, ¡cómo podría abandonarme á la pereza, yo que soy jóven y fuerte!.... Si me diese la orden, sería capaz de arrojarme á la boca de un cañón cargado de metralla;» y Napier, á cuyos oídos llegó este discurso, contestó que tales frases eran para él una amplia compensación de sus trabajos.

La India ha sido, durante el siglo que acaba de pasar, un vasto campo donde la energía británica ha podido desplegarse con toda libertad. De Clive á Ha-

velock y á Clyde se desarrolla una larga y honrosa lista de nombres distinguidos en las guerras ó en la legislacion de la India. Tales son Wellesley, Wellington, Metcalfe, Outran, Edward y los Lawrence. Otro nombre, bien que manchado, es el de Warren Hastings, hombre de una voluntad intrépida y de una perseverancia infatigable.

Su familia era antigua é ilustre, pero las vicisitudes de la fortuna y una devocion de las más desgraciadas á la causa de los Estuardos, trajeron la ruina de los Hastings; y la herencia de la familia, situada en Daylesford, donde aquellos habian sido, por siglos, los señores de la comarca, concluyó por pasar á otras manos. El último de los Hastings de Daylesford habia dado á su hijo segundo el curato de la parroquia; y en la casa del presbiterio nació muchos años despues su nieto Warren Hastings. El niño aprendió á leer en la escuela de la aldea, en el mismo banco que los aldeanillos: con ellos jugó en los mismos campos que sus abuelos habian poseido, al mismo tiempo que repasaba en su infantil imaginacion todo lo que habian sido los bravos y leales Hastings de Daylesford. Brotó su juvenil ambicion, y si hemos de dar fé á las tradiciones, habiendo venido, en un bello dia del estio, y á la edad de 7 años, á descansar en la ribera del rio que atraviesa el antiguo señorío, formó la resolucion de entrar algun dia en posesion de las tierras de la familia.

No era esto entonces más que la vision maravillosa del espíritu de un niño; pero Warren vivió bastante para hacer de ello una realidad. Su sueño se convirtió

en una pasion, arraigada en su alma, y cuya satisfaccion persiguió Warren, de la infancia á la adolescencia, y de la adolescencia á la madurez, con aquella serena é indomable fuerza de voluntad que constitua el rasgo más saliente de su carácter. El pobre huérfano, hecho uno de los hombres más poderosos de su tiempo, levantó la fortuna de su raza, recuperó el antiguo patrimonio y reconstituyó la casa señorial. «Cuando bajo un sol tropical—dice Macaulay—gobernaba á 50 millones de asiáticos, sus esperanzas, en medio de los cuidados de la guerra, de la hacienda, de la legislacion, le llevaban á Daylesford; y cuando vió su larga carrera política, tan singularmente mezclada de bien y de mal, de gloria y de oprobios, llegar al fin á su término, á Daylesford quiso retirarse y en él morir.»

La misma energía y el mismo coraje se ha desplegado en muchas otras carreras, que no por ser menos brillantes quizás que la de las armas, dejan de ofrecer igual utilidad. Y de esta verdad nos suministran palpables ejemplos todos los ramos de la ciencia, del arte y de la industria. Uno de los más interesantes tal vez es el que se refiere al descubrimiento de los mármoles de Ninive y á la de las inscripciones en caractéres cu-neiformes ó á *tete de fleche*, especie de escritura que se había perdido despues de la conquista de Persia por los macedonios... En esta empresa hicieron raya Rawlinson y Monis, modestos empleados de la compañía de las Indias Orientales y Austin Layard, pasante de abogado de Lóndres.

Del propio modo pueden sacarse ejemplos de la his-

toria de la pairia inglesa, de sus fundadores como Ricardo Foley, pequeño propietario del reinado de Carlos I, que como músico emigró á Suecia, de donde trajo el secreto de la fabricación del hierro en barras, y como William Phipps, el fundador de la familia Mulgrave ó Normanby, hijo de un armero de Wolwich, en el Estado de Maine, en América, y al cual debió el rey Jacobo II la suma de 7.500.000 francos estraídos del fondo del mar, donde yacia un barco español perdido á las alturas de Bahama y de cuyo siniestro casualmente había tenido conocimiento Phipps, por oírlo en un paseo por las tortuosas calles de Boston, de labios de algunos marineros que entre sí conversaban. Phipps, después de muchos esfuerzos y de grandes contrariedades, consiguió dar con el tesoro, recibiendo en pago cerca de dos millones de reales, el título de caballero y el cargo de gran prevoste de Nueva Inglaterra. A poco fué Gobernador de Massachussets, muriendo en Londres en 1695.....

Bien que diferentes en su vida y su carácter, aunque animados de un celo no menos ardiente, se han mostrado los grandes apóstoles y misioneros, que llevando al extremo el espíritu de sacrificio, han ido á través del mundo á buscar y salvar á sus decaídos hermanos.

Sostenidos por una energía infatigable, superiores á los contagios, han afrontado toda suerte de trabajos y fatigas, regocijándose de sus propios sufrimientos y cifrando su gloria en merecer la corona del martirio. Tales fueron, entre mil, Ignacio de Loyola y Francisco Javier.

Loyola, que por nacimiento pertenecía á la nobleza española, juntaba á la bravura del soldado todas las gracias y toda la disipacion del cortesano. En el sitio de Pamplona, una bala de cañon le fracturó una pierna. La herida fué mal curada, y se vió por mucho tiempo á las puertas de la muerte. Durante su larga convalecencia, despues de haber leido y releido todos los libros de caballería andante con que pudo hacerse, cayó en sus manos por casualidad una *Vida de los santos*, en la cual halló relaciones de victorias obtenidas, no sobre otros, si que sobre uno mismo, y ejemplos de recompensas mucho más nobles que todas aquellas de que se hablaba en los libros de caballería. Aquella lectura ejerció en el curso de sus ideas una influencia determinante, y colgando su espada de caballero en un pilar de la iglesia de Nuestra Señora de Monserrat, resolvió, despues de haber dicho adios á su adorada hoja, seguir el ejemplo de los santos cuya vida acababa de leer.

La vida de Loyola ha sido perfectamente contada por el P. Bonhours, y es inútil dar aquí una nueva narracion. Contertaréme, por tanto, con citar algunos rasgos demostrativos de la energía extraordinaria de que se hallaba dotado: porque es un hecho que tal vez jamás haya existido otro hombre que la poseyese en tan fuerte dósis. Tenía tal poder de voluntad, tal resolucion y con entrabbas tal paciencia, que todos aquellos que entraban con él en contacto y le sostenian habitualmente, concluian por sufrir su ascendiente. Bien que de un carácter naturalmente exaltado y violento, ejercia sobre si mismo tan rigida é incesante

vigilancia, que los médicos llegaron á creer y declarar que era de un temperamento flemático. Pero cualquiera que fuese la influencia que ejercía por la fuerza de su voluntad, era sin duda mayor la que ejercía por el amor y veneración que inspiraba. San Francisco Javier, el gran apóstol de las Indias, se arrodillaba siempre cuando, en el fondo del Oriente, escribía á Ignacio. Y no eran solo sus amigos y compañeros los que experimentaban tales sentimientos: la mañana del dia en que entregó su alma á Dios, las gentes se detenían en las calles, en las plazas, en las antesalas, en los hospitales y hasta en los lazaretos para comunicarse esta fatal noticia: «¡El santo ha muerto!»

Entre los que se sintieron atraídos por el carácter tanto como por las enseñanzas de Loyola, fué Francisco Javier, uno de los más puros y más decididos. Como Loyola, pertenecía á una familia antigua é ilustre. De maneras como de sentimientos era un perfecto *gentilhombre*; bravo, honorable, generoso, pronto al entusiasmo, y capaz de entusiasmar á otros; fácil de persuadir y él mismo persuasivo; por lo demás, lleno de energía, de paciencia y de resolución. A la edad de 22 años ocupaba el honroso puesto de profesor de la Universidad de París. Allí fué donde trató conocimiento con Loyola, del cual fué luego íntimo amigo y compañero. A poco partió á la cabeza de la primera compañía de prosélitos que el segundo envió en peregrinaje á Roma.

Cuando Juan III resolvió plantar el pendón de la fe cristiana en las Indias portuguesas, Bobadilla fué puesto á la cabeza de aquella cruzada pacífica, pero cayó

enfermo; fué preciso proceder á otra eleccion, y esta recayó en Francisco Javier. Vestido con una sotana remendada salió para Lisboa, donde debia embarcarse en direccion de Oriente. Hizo el viaje á Goa en un barco que conducia al Gobernador y á mil soldados destinados á reforzar la guarnicion de la plaza. Cuando el buque desplegó las velas y comenzó á bajar el Tajo, notóse que el instante de la partida, que á más de uno arrancaba lágrimas, hizo irradiar una alegría indecible del rostro de Francisco Javier. Iba á convertir naciones de las que ignoraba, es cierto, el nombre y la lengua; pero no experimentaba duda ni temor. Puesto á su disposicion un camarote, durmió sobre el puente haciendo almohada de un manojo de cuerdas y compartiendo con simples marineros su comida; velando por sus necesidades, inventando inocentes juegos para distraerlos, y cuando estaban enfermos cuidándolos con tanta paciencia y tanta bondad, que se hizo objeto de una veneracion que rayaba en idolatria.

Al llegar á Goa, Javier quedó espantado de la depravacion de los habitantes, colonos é indígenas. Aque-lllos habian importado todos los vicios de la civilizacion, sin ninguna de sus trabas, y estos se habian mostrado harto dispuestos á seguir el mal ejemplo. Desembarcado, corrió las calles agitando una campanilla para atraer las gentes, á las que pidió, por favor, que le enviasen los niños para darles alguna instruccion; una turba de pequeñuelos fuéreronle confiados muy pronto, é instruyéndolos con toda diligencia, los en-viaba todos los dias á sus casas, fortificados cada vez

más por las lecciones de prudencia y de piedad que les daba. Al propio tiempo visitaba á los enfermos, á los leprosos, á los miserables de toda especie, viviendo en los hospitales y no temiendo penetrar en las mansiones de la licencia. Jamás un grito de dolor hirió vanamente sus oídos. Oyó hablar de la degradación y de la miseria de los pescadores de perlas de Mandar, y partió para visitarlos. Pronto su campanilla hizo escuchar su piadoso llamamiento. Bautizaba y enseñaba; pero como no podía cumplir esta última obra sin la ayuda de intérpretes, puede decirse que su más elocuente enseñanza consistía en la abnegación con que se prestaba á servir á los miserables en sus necesidades, sus sufrimientos y sus achaques.

Continuando su misión, fuése á lo largo de la costa de Comorin, haciendo sonar su campanilla en las ciudades y las aldeas, en el umbral de los templos, á la puerta de los bazares, é invitando á los indígenas á reunirse en torno suyo para escuchar sus lecciones. Había hecho traducir el Catecismo, el Credo, los Mandamientos, el Padre nuestro y algunos ejercicios de devoción del formulario de la Iglesia, y aprendidos por él mismo los recitaba á los niños hasta que estos los aprendían de memoria, con lo que, y después de estar bien impuestos en las lecciones del misionero, los enviaba á enseñar lo que ellos habían aprendido á sus padres y sus vecinos. Cerca del cabo Comorin estableció 30 predicadores que bajo su vigilancia llegaron á ser los directores de 30 iglesias cristianas. Verdad que la iglesia frecuentemente no consistía más que en una choza coronada por un crucifijo. ¡Pero qué importaba!

De aquí pasó á Travancore, donde continuó haciendo sonar su campanilla de aldea en aldea, y bautizando hasta que los brazos se le caían de cansancio, y repitiendo sus fórmulas hasta que le faltaba la voz. El mismo ha afirmado que el éxito de su misión sobrepujó todas sus esperanzas. Su bella y purísima vida, su entusiasmo, la irresistible elocuencia de sus buenas acciones, hacían conversiones por donde quiera que él iba, y sus oyentes se dejaban ganar, escuchándolo, por la sola fuerza de la simpatía.

Perseguido por el pensamiento de que «el número de los segadores es muy pequeño para la inmensidad del campo que hay que segar,» Javier fué en seguida á Malaca y al Japon, donde se halló en presencia de nuevas razas y nuevas lenguas. Allí todo lo que pudo hacer fué llorar y suplicar, velar cerca de los enfermos, dulcificar sus penas, y alguna vez, faltó de todo, mojar la manga de su sobrepelliz para estraer después de ella algunas gotas con que bautizar á los moribundos. Esperando todo y no teniendo nada, aquel valiente soldado de la fe marchaba empujado por su indomable resolución. «Cualquiera que sea la muerte ó el tormento que me espere—decía—estoy pronto á sufrirlos mil veces por la salvación de una sola alma.» Tuvo que arrostrar el hambre, la sed, la desnudez, las violencias de obra; pero no por esto persiguió menos su misión de caridad, sin detenerse, sin cansarse jamás. En fin, al cabo de doce años de una labor sobre humana, en el momento en que se disponía á penetrar en China, aquel grande y excelente hombre fué atacado por la fiebre, en la isla de Sanchian, y recibió

la corona de gloria que ambicionaba. Probablemente jamás héroe más puro, más noble, más desinteresado, más animoso pisó esta tierra mortal.

El número de los que siguieron las huellas de Javier es inmenso. Schwartz, Carey, Marshman en la India; Gutzlatt, Morison y muchos otros en la China. En las islas de la Sociedad y de Harvey del Pacífico, John William, el mártir de Erromanga.

No menos interesante es la carrera del doctor Livingstone, que en nuestros días ha explorado el África, como misionero y como descubridor.

Livingstone mismo ha escrito la historia de su vida en un estilo modesto y sin pretensiones, que caracteriza perfectamente al hombre. Sus antepasados eran pobres, pero honrados campesinos, y se cuenta de uno de ellos que disfrutaba en la vecindad de gran reputación de discreto y prudente, que á punto de morir hizo congregar en torno suyo á sus hijos y les dió este consejo, único bien que pudo dejarles: «Con sumo cuidado y durante toda mi vida, he inquirido las tradiciones de la familia, y no he podido descubrir jamás que hubiera un hombre indigno entre nuestros ascendientes. Si alguno de vosotros ó de los vuestros se inclinara al mal, no sería porque la falta de probidad se hallase en vuestra sangre: al contrario. Entrego á vuestras meditaciones este precepto: *Sed honrados.*»

A los diez años Livingstone fué á trabajar á una fábrica de hilados de algodón cerca de Glasgow; y habiendo cobrado el salario de la primer semana, compró una gramática latina y se dedicó al estudio de es-

ta lengua, continuándole después por espacio de muchos años en una escuela nocturna. Por su gusto hubiese permanecido hasta la media noche y aun más tarde aprendiendo sus lecciones si su madre no cuidara de enviarle á la cama, en lo cual aquella obraba muy cueradamente, toda vez que el niño había de levantarse bastante temprano para estar en la fábrica á las seis de la mañana. De esta suerte, Livingstone llegó, no sin trabajo, á leer á Virgilio y Horacio; pero no se detuvo aquí, y á excepción de novelas, devoraba todos los libros que podía procurarse, y más particularmente las obras científicas y las descripciones de viajes. Se ocupaba también de botánica y pasaba los raros momentos de vagar en recorrer la vecindad para formar colecciones de plantas. En el taller mismo, proseguía sus lecturas, á despecho del ruido de las máquinas, poniendo su libro sobre la *multi-jenny* en que trabajaba, de modo que pudiese atrapar al paso las frases una tras otra. Así, á fuerza de perseverancia, el joven obrero adquirió una multitud de conocimientos útiles, y con la edad sintió crecer el deseo de ser enviado como misionero entre los paganos.

Para hacerse más apto para tal empresa resolvió obtener una educación médica. Al efecto, economizó de su salario lo bastante para poder pasar varios inviernos en Glasgow y seguir cursos de griego, medicina y teología. El resto del año trabajaba como obrero en una filatura de algodón: y así fué como, sin recibir jamás un céntimo de nadie, halló medio de sacar de su modesto salario de obrero lo suficiente para subvenir á los gastos de sus estudios. «Echando una mirada

retrospectiva sobre esta laboriosa vida—dice aquel hombre excelente—no puedo ménos de dar gracias al cielo por haberme otorgado semejante existencia; y si esto fuese posible, complaceríame el volver á comenzar la vida en las mismas circunstancias y el pasar de nuevo por las diferentes etapas de aquella ruda y fortificante educación.»

Al cabo y á la larga concluyó sus estudios médicos, escribió su tesis latina, sufrió un exámen y le fué conferido el grado de licenciado en la facultad de medicina y cirujía. Pensó al principio ir á China; pero la guerra que desolaba aquel país le impidió seguir tal idea. Ofreció luego sus servicios á la Sociedad de misioneros de Lóndres y fué enviado á África, á donde llegó en 1840. Había tenido el proyecto de ir á China á su cuenta y costa, y el único dolor que experimentó al marchar á África, á cuenta de la Sociedad de misiones, «provenía—dice él mismo—de no ser agradable para un hombre que tenía la costumbre de salir de los apuros por sí solo, hallarse por algún concepto bajo la dependencia de otro.»

Llegado á África, puso vigorosamente manos á la obra. No podía soportar la idea de tomar tan sojo parte en los trabajos de los demás, y resolvió crearse, como misionero, una esfera independiente, para lo que se preparó, emprendiendo, sobre sus trabajos de predicación, toda clase de labores manuales. «Esta multiplicidad de empresas—dice Livingstone—me agotaba y hacia más incapaz para estudiar de noche que en la época en que trabajaba como obrero de las hilaturas de algodón.»

Durante su permanencia entre los Bechuanas abrió canales, construyó casas, puso en cultivo algunos campos, crió ganados e instruyó á los indígenas, al par que con ellos trabajaba. A los principios, habiendo acometido con cierto número de estos un largo viaje á pie, sorprendió en el momento de la partida algunas observaciones de sus acompañantes sobre su flaqueza física. «No es fuerte—decían—es delgado; no parece robusto sino porque se mete en esos *sacos* (así llamaban á los pantalones); no irá lejos.» Estos reparos hicieron hervir la sangre del montañés, dándole la fuerza necesaria para despreciar la fatiga y hacer marchar á sus compañeros á buen paso y durante días enteros, que al fin les fué preciso formar otra opinión más exacta de lo que Livingstone valía como andador. Si se quiere saber lo que hizo en África y cómo lo hizo, es indispensable leer sus *Viajes de un misionero*, una de las más interesantes obras que se han publicado sobre este particular. Una de las últimas acciones que en ella se registran, no puede ser más característica. La chalupa de vapor *Birkenhead*, que Livingstone había llevado consigo á África, defraudó sus esperanzas; en seguida dió órdenes á Inglaterra para que construyeran otra, cuyo costo estimaba en dos mil libras, que debía pagar con el dinero que le habían producido sus viajes, y que había puesto á un lado para sus hijos. «Ahora, á ellos toca ganar este dinero...» Tal fué la frase de que se valió, al dar aquellas órdenes.

Entre los hombres distinguidos que han consagrado su vida á grandes obras de filantropía y que en su

misma patria han desempeñado el papel de misioneros, tiene derecho á uso de los primeros puestos San Vicente de Paul, nacido en 1576 y muerto en 1660. Hijo de un pequeño rentero de Banquines, cerca de Pony, en el departamento de las Landas, tuvo que consagrarse al trabajo de la finca durante su primera juventud, porque los insuficientes recursos de su familia parecian destinarle á una vida de laboriosa oscuridad. Sin embargo, los notables indicios de la vivacidad de su inteligencia y la sensibilidad de su carácter comprometieron á sus padres á hacer todo género de esfuerzos para procurarle una educación liberal, hasta conseguir que entrase como alumno en el convento de Franciscanos de Dax. Allí estudió, con tanto éxito, que á los 16 años se le creyó capaz de desempeñar las funciones de preceptor en la familia del magistrado de la ciudad. Continuó sus trabajos para prepararse para el ministerio sacerdotal: fué tonsurado y algun tiempo despues marchó á cursar la teología á la Universidad de Tolosa, donde ganaba la vida dando lecciones. A los 24 años fué consagrado y cuatro despues obtuvo el grado de bachiller en letras y el permiso para abrir un curso.

Un amigo de Marsella le favoreció con el legado de 1.500 libras y se vió en la necesidad de visitar esta ciudad. Al regreso, el barco en que San Vicente venia fué atacado por corsarios tunecinos, herido el viajero y enviado primero á Tunez y despues á Argel. Durante su cautiverio fué esclavo sucesivamente de tres amos, de los cuales, el ultimo era un renegado italiano que San Vicente convirtió á su primitiva fe, persuadiéndole

de que con él escapase á Francia, á donde, en efecto, lograron llegar con felicidad. Luego de hacer una visita al Papa, en Roma, San Vicente volvió á París. Durante su cautiverio habíase conmovido profundamente á la vista de los sufrimientos de los pobres, los enfermos y los afligidos, resolviendo consagrarse á su servicio el resto de su vida.

Esto así, establecióse cerca del Hospital de la Caridad, al cual visitaba diariamente. Hacia esta época, fué objeto de una acusación de robo sostenida por uno de los inquilinos de la casa en que vivía. Fuerte en su inocencia, que sin embargo le era imposible probar, soportó con paciencia y resignación aquella gran injusticia durante seis años; mas al fin el verdadero culpable fué descubierto, y la honradez de Vicente quedó más consolidada que nunca.

En Tolleville, diócesis de Amiens, comenzó San Vicente su célebre sistema de misiones domésticas. Aquellas misiones tuvieron tanto éxito y produjeron resultados tan saludables, que más tarde contrajo la costumbre de celebrar todos los años la institución con piadosa gratitud. Cuando fué á establecerse á Chatillon, como cura de la parroquia, ensanchó su plan y organizó una Asociación para socorrer las necesidades así temporales como espirituales de los pobres y los enfermos. Esta Asociación, que apellidó *Confradía de la Caridad*, sirvió muy luego de modelo á una multitud de instituciones semejantes en Francia y en otros diversos países. Despues se esforzó, con infatigable perseverancia, en agrandar la esfera de acción de la Asociación, y obtuvo un gran éxito, particular-

mente en los distritos donde su influencia personal se hacia sentir, como por ejemplo en las diócesis de Beauvais, Soissons y Sens.

Una visita que hizo á Marsella en compañía del conde de Foigny, jefe de las galeras reales, le reveló accidentalmente la extrema miseria que tenian que sufrir los pobres diablos que en las galeras expiaban sus crímenes. Hallólos en tal estado de desnudez, degradacion é indescriptible embrutecimiento, que resolvió, de ser posible, llevar algun alivio á su suerte. Presentóseles como su amigo y su bienhechor; mas al principio los galeotes solo se rieron y burlaron de él. No era ciertamente San Vicente hombre para desalentarse por esto: perseveró, pues, pacientemente hasta que al fin, por la mera persistencia de su dulzura, atrajóse á uno, despues á dos, en seguida á un número mayor y al cabo á todos. Obtenida su confianza, los determinó á secundarle en los esfuerzos que hacia por su bienestar, y éxitos tan grandes como inesperados siguieron á las reformas que introdujo. El conde de Foigny envió un informe al Rey sobre el mejoramiento extraordinario del carácter de los criminales, aun de los de la peor especie, conseguido por aquel excelente sacerdote; y Luis XIII, haciendo justicia á tales servicios, le nombró limosnero general de las galeras de Francia.

Tan luego como una organizacion para socorrer y levantar una clase cualquiera de miserables se ponía en marcha, ocupábase San Vicente en organizar otra. La vida es corta, y hay tanto que hacer! Asociacion para la instruccion y alivio de los pobres cultivadores. —Asociacion para proveer á las provincias de maes-

tos capaces.—Asociacion para socorrer y asistir á las mujeres pobres.—Tales fueron algunas de las instituciones sucesivamente establecidas por aquel piadoso varon. Muchas de estas instituciones fueron universalmente adoptadas. La órden de los lazariastas, por ejemplo, no tardó en extender su saludable influencia por toda Europa. Pero la institucion que ha hecho más conocido á San Vicente de Paul, y la que probablemente ha producido los resultados más importantes, es la Orden de las *Hermanas de la Caridad*, establecida en 1634. Una de las ramas de la Sociedad conocida con el nombre de *Dames de la Croix*, fué consagrada especialmente al servicio del Hotel de Dieu, en París. Aun hoy dia, algunas de las más nobles instituciones de la capital de Francia son debidas al celo puro y desinteresado de San Vicente de Paul. Diganlo la *Pitié*, *Bicetre*, la *Salpetrière* y los *Enfants trouvés*. Antes de esta última institucion, una multitud de niños eran expuestos en las calles y abandonados á una muerte casi segura. Conmovido ante estos inocentes, el santo sacerdote imaginó una organizacion destinada á recogerlos y ayudarlos. Ganó muchas damas para su causa, y habiéndolas reunido las expuso el motivo y fin de la asociacion, con tal energia, que las determinó á tomar bajo su proteccion á todos los niños abandonados que se llegasen á descubrir. Pero el número fué tan grande, que los recursos pecuniarios de la asociacion (á pesar de contribuir con 12.000 libras anuales la reina Ana de Austria) no bastaron, y que las caritativas señoras que habian abrazado esta causa estuvieron, por desesperacion, á punto de abandonarla.

Para evitar un resultado tan enojoso, San Vicente convocó una segunda y más numerosa reunión, ante la cual abogó por los intereses de los inocentes parias, con una elocuencia tan apasionada, que el movimiento benéfico recibió una nueva impulsión, afluyeron los fondos, y poco después, pudieron ser convertidos dos grandes edificios en hospitales para niños expósitos.

San Vicente de Paul era infatigable tratándose de mejorar la suerte de sus semejantes. Entre las numerosas obras de beneficencia que se le deben, puédese mencionar el hospital de Jesús, que instituyó en París para contener 40 pobres cuya gran edad les había hecho incapaces para trabajar, y el hospital de Saint-René, en Autun, para los pobres y los enfermos que venían en peregrinaje á visitar el relicario de este mártir. En la época en que los habitantes de la Lorena tuvieron que sufrir la triple plaga de la guerra, la peste y el hambre, recogió grandes sumas de dinero en París para socorrerlos, y por este medio consiguió salvar la vida de un gran número. Puede decirse que su vida toda estuvo consagrada á obras de caridad y misericordia: y cuando murió, sus restos fueron acompañados al cementerio por una multitud de pobres y de necesitados que iban á derramar sobre su tumba lágrimas de reconocimiento y afecto.

«¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia: bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!»

El abate Saint-Pierre fué un filántropo de un sentido menos práctico que San Vicente, pero no menos puro

ni menos entusiasta en sus inspiraciones hacia el bien. El cardenal Dubois tenía costumbre de decir hablando de él que sus proyectos eran «los sueños de un hombre de bien.» Es preciso añadir, sin embargo, que después se ha reconocido que alguno de aquellos proyectos eran perfectamente realizables. Desde sus primeros años se hizo notar por su sencillez de corazón, por su ardiente amor por la verdad y la justicia. Los sueños en que se meció fueron bellos sueños, sueños de progreso y de mejora general. En París, donde vivía con su amigo Varignon, (á quien él daba de una renta anual de 1.300 libras una pension de 300), se ocupó en estudiar la condición moral y política del hombre y de imaginar numerosos planes de mejora. Entre sus mayores proyectos se cuenta uno para la abolición de la guerra y el establecimiento en la tierra del reinado de la paz y de la fraternidad. Buscaba el trato de aquellos que estaban á la cabeza de los negocios para comprometerlos á adoptar sus planes; pero aquellas gentes por lo comun se hacían las sordas y le miraban como un soñador, víctima de sus ilusiones y sus quimeras. Y sin embargo, ¿qué otra cosa mejor podía hacer que mostrar su fidelidad al espíritu del Maestro á quien servía y que había venido al mundo para traer un Evangelio de paz? Habiendo acompañado al abate de Polignac al Congreso de Utrecht. Saint-Pierre se sintió como nunca animado de la convicción de que uno de los mayores servicios que era posible hacer á la humanidad consistía en la abolición de la guerra, é imbuido en esta idea la formuló en la obra publicada en 1713 con el título de *Proyecto de*

*paz perpetua.* Saint-Pierre proponia en él la formacion de una Dieta ó Senado europeo en cuya composicion tomarian parte todas las naciones de Europa y á la cual los principes de esta habrian de someter sus querellas y pedir reparacion de sus agravios.

Otro proyecto en que el abate de Saint-Pierre dejaba muy atrás á su tiempo era el de fundar para los niños pobres escuelas industriales donde estos pudiesen aprender algun oficio ó profesion útil. Él mismo, no contentándose con ser bienhechor en teoria, ponía sus ideas en práctica y pagaba su aprendizaje á un cierto número de huérfanos á quienes hacia enseñar diferentes oficios, de modo que una vez llegados á la edad viril pudiesen ganar su vida honradamente. Su gran temor era que Inglaterra se adelantase á Francia en la adopcion de sus planes, robando así á su país la gloria que acompañaria á su realizacion. Anticipándose á los modernos proyectistas, dió á luz un sistema fonético por el cual se proponia introducir en la escritura los cambios que de tiempo en tiempo se producen en la pronunciacion, haciendo de la ortografia la exacta representacion de la palabra. Adoptó este sistema en sus propias obras, lo cual produjo quizá el efecto de que fuesen poco leidas. Sus proyectos eran cosa de nunca acabar; los unos de una especie, los otros de otra; era en toda la estension de la palabra un hombre de proyectos, universal. Propuso un método para disminuir el número de pleitos; otro para la reparticion más justa y equitativa de los impuestos; otro para la extincion de la mendicidad, mostrando cómo por este medio el comercio interior podria desarrollarse. Hizo re-

saltar la necesidad de la revision completa de los Códigos, idea adoptada más tarde por las Asambleas salidas de la Revolucion francesa, y á la cual Napoleon quiso unir su nombre. Bosquejó un plan de educación nacional que Francia ha adoptado despues; escribió contra el lujo, contra el duelo, contra el juego; prodigaba toda suerte de proyectos para la elevacion social y moral del pueblo, y no se puede leer sus libros sin notar con sorpresa cuántas mejoras introducidas en los tiempos modernos habian sido previstas por él y cuántas obras por él asimismo previstas son hoy dia objeto de nuestras aspiraciones. Como se ha dicho, no era solo un filántropo teórico; lo era tambien práctico; gastaba toda su renta en actos de caridad, y no sólo daba limosnas, sino que enseñaba á los pobres á ayudarse á si mismos. Tenia siempre por fin hacer un bien permanente á aquellos á quienes socorria; haciales aprender oficios, les buscaba colocacion y los ponía en estado de bastarse á si propios por su propio trabajo, Él fué el primero que hizo popular la palabra *beneficencia* y quien la dió, por las aplicaciones que de ella hizo, una significacion práctica de que hasta entonces habia carecido. Tenia una ardiente esperanza en el porvenir de la humanidad, que creia firmemente preñado de magníficas promesas. Mr. R. Hartwell dice: «Su vida entera fué glorificada por el espíritu de este principio, que nunca dejó de predicar: que la esencia de toda religion, la base de toda moralidad, el coroñamiento de toda virtud consisten en *dar* y en *perdonar*. Este es el principio que Saint-Pierre tenia la costumbre de presentar bajo una forma más poética, afir-

mando, así en su conversación como en sus escritos, que el paraíso pertenece á los caritativos y los misericordiosos.

Su inteligencia se mantuvo clara y entera hasta el último momento, y los años de su decadencia fueron exentos de todos los achaques de la vejez. Uno ó dos días antes de su muerte, exhortado para que dirigiese algunas palabras á los que le rodeaban, contestó: «Un moribundo tiene bien poco que decir, á no ser que hable por vanidad ó por flaqueza.» Voltaire cuenta que habiendo preguntado á Saint-Pierre en su lecho de muerte lo que sentía respecto de su próximo fin, repuso: «Lo que se siente la víspera de un viaje al campo.» — Murió en París en 1763 y sobre su tumba se escribió este epitafio, tan verdadero como elocuente: *Amó mucho.*

De carácter tan elevado, pero más prácticos, más hechos á los negocios, fueron los jefes del gran movimiento inglés en favor de la abolición de la esclavitud y de la trata de los negros.

El primero de los promotores de la abolición de la *trata* y de la esclavitud africanas, el más eminente, el más grande quizás como energía, intrepidez y perseverancia fue Granville Sharp. Entró en la vida como mancebo de una tienda de modas en Tower Hill; pero así que hubo terminado su aprendizaje abandonó este comercio para entrar como empleado en la Administración de artillería, y allí, en las horas de ocio que le permitía el ejercicio de sus humildes funciones, acometió y prosiguió la obra de la emancipación de los negros. Habiase mostrado siempre, aun de aprendiz, pronto á emprender voluntariamente toda clase de trabajo cuya utilidad le fuese demostrada. Así,

por ejemplo, en la época en que aprendía el comercio de modas se dejó muchas veces arrastrar por otro mancero, que vivía en la misma casa y era unitario, á discutir asuntos religiosos. El joven unitario sostenía que la interpretación trinitaria que Granville daba á la Escritura dependía de su ignorancia del griego, y por esto Granville se dedicó inmediatamente al trabajo de aprender aquella lengua, consagrándole las noches y obteniendo un feliz éxito en poco tiempo. Una controversia del mismo género que se suscitó, con motivo de la interpretación de las profecías, entre él y otro aprendiz que pertenecía á la comunión israelita, le determinó á emprender el estudio del hebreo, cuyas dificultades llegó también á dominar.

Pero la circunstancia que dió una impulsión y una dirección definitiva á su vida y á sus trabajos tuvo origen en su generosidad de corazón. Su hermano William, que se había establecido como cirujano en Mincing Lane, en Londres, daba consultas gratis á los pobres, y entre los numerosos infortunados que de vez en cuando iban á implorar sus socorros, se hallaba un mísero africano llamado Jonathan Strong. Parece que este infeliz negro había sido tratado muy brutalmente por su amo, letrado de la Barbada, que le había traído á Londres, donde á consecuencia de aquellos malos tratamientos había quedado cojo, casi ciego, y en resumidas cuentas incapaz para el trabajo; en cuya consideración, su amo, mirándole como una bestia ya inútil y sin valor, le había cruelmente arrojado á las calles de Londres. El pobre hombre, masa viva de males, había vivido durante algún tiempo pidiendo limosna hasta que llegó á la puerta de William Sharp, que le dió algunos remedios y le hizo entrar en el hospital de San

Bartolomé, donde curó. A su salida del hospital los dos hermanos le ayudaron para librarse de la mendicidad; pero no sospechaban lo más mínimo que persona alguna pudiera tener derechos sobre aquel individuo. Colocáronle en casa de un boticario, á cuyo servicio Jonathan estuvo dos años, y cuando acompañaba á su ama montado en la trasera de un coche de alquiler, su primer amo de Barbada le reconoció, resolviendo entrar de nuevo en posesión del esclavo, al cual el restablecimiento de la salud había devuelto su precio.

El letrado hizo que dos dependientes del *lord maire* se apoderasen de Strong, el cual fué encerrado en la preventión hasta que pudiese ser expedido para las Antillas.

Acordóse el negro durante su cautiverio de los generosos servicios que Granville Sharp le había dispensado en su pasada inopía, e hizo llegar hasta sus manos una carta implorando su auxilio. Sharp había olvidado el nombre de Strong, pero envió á tomar informes á un demandadero, el cual le impuso de que los carceleros sostenían que no había en la prisión ninguna persona de aquel nombre. Despertó esto las sospechas de Sharp, que inmediatamente se presentó en la cárcel y pidió que se le llevase ante Jonathan Strong. Fué preciso acceder á ello, y Granville reconoció al pobre diablo á quien se guardaba como *cimarron*, tras lo que, después de prevenir al carcelero que si entregaba á Strong antes de ser este conducido á la presencia del *lord maire*, sería todo á su cuenta y riesgo, pasó á verse con este magistrado y obtuvo una orden de comparecencia para los que habían hecho detener y aprisionar al negro sin mandamiento de prisión. Presentáronse las partes delante del *lord maire*, y resultó de

los debates que el primer dueño de Strong le había ya vendido á un individuo que presentó su escritura de venta y reclamó el negro como propiedad suya. Como Strong no era acusado de delito alguno y el *lord maire* era incompetente para juzgar la cuestión legal del estado civil de Strong, el esclavo fué puesto en libertad y siguió á su bienhechor fuera del tribunal sin que nadie osase poner sobre él la mano.

Inmediatamente el antiguo amo de Strong notificó á Sharp la acción que intentaba entablar contra él para reivindicar el esclavo que le había sido robado.

Hacia esta época (1767) la libertad personal, bien que siempre cara á los ingleses, en teoría, estaba sujeta á graves infracciones y era violada casi diariamente. La *leva* para el servicio marítimo se practicaba con regularidad, y además de las bandas de *leva*, había en Londres y en todas las grandes ciudades del reino, partidas de secuestradores, cuyo empleo se reducía á apoderarse, para el servicio de la Compañía de las Indias orientales, de hombres que si la Compañía no necesitaba, eran enviados como esclavos á los plantadores de las colonias americanas. En cuanto á las ventas de esclavos negros, abiertamente las anunciaban los diarios de Londres y Liverpool, lo mismo que los ofrecimientos de recompensas á los que hallaran y detuvieran á los esclavos fugitivos, conduciéndolos á ciertos barcos, cuyo punto de anclaje era designado.

Legalmente la posición del hombre tenido por esclavo en Inglaterra era incierta y dudosa. Los fallos de los tribunales diversos y contradictorios, sin descansar sobre principios reconocidos. Bien que fuera creencia popular que el esclavo que ponía el pie en la tierra inglesa

se hacia libre, muchos eminentes jurisconsultos profesaban una opinión de todo en todo opuesta. Los letrados á quienes Sharp consultó, en vista de su defensa, participaban generalmente de esta opinión, y el antiguo amo de Jonathan no se recataba de decir que el lord *chef justice* Mansfield y todos los abogados de fama dictaminaban que el esclavo arribado á Inglaterra no se convertía por esto en libre y que podía ser legalmente forzado á volver á las *plantaciones*. Tales informes hubiesen reducido á la desesperación á un espíritu menos animoso y resuelto que el de Granville Sharp; pero esto no sirvió más que para afirmar en este la determinación de luchar por la libertad del negro, cuando menos en Inglaterra. «Abandonado—dice—por mis defensores profesionales, víme forzado, á falta de una asistencia legal regular, á hacer una tentativa desesperada para defenderme á mí mismo, aun cuando las leyes y la jurisprudencia me fuesen completamente extrañas y no hubiera jamás abierto un libro de derecho (fuera de la Biblia) hasta el momento en que tuve, bien á mi pesar, que emprender investigaciones en los catálogos de una biblioteca que mi librero acababa de comprar.»

Todo el día estaba ocupado en la oficina de artillería, donde desempeñaba los cargos más laboriosos, de modo que le era preciso continuar sus nuevos estudios por la noche muy tarde ó por la mañana muy temprano, al punto de convertirse él mismo en una especie de esclavo. Escribiendo á uno de sus amigos, eclesiástico, le decía para excusarse de haber tardado mucho en contestarle: «Me declaro absolutamente incapaz de sostener una correspondencia meramente literaria. El corto tiempo que puedo quitar al sueño, de noche ó por la mañana, necesito por

completo emplearlo en el exámen de algun punto de derecho, porque esto no admite espera y exige de mi parte las investigaciones más diligentes y escrupulosas.»

Todos los momentos de ócio de que pudo disponer durante los dos años que siguieron los consagró al estudio atento de las leyes que rigen en Inglaterra la libertad personal, haciendo, para llegar á su fin, una vía penosa á través del oleaje nauseabundo de la más seca y más repugnante de todas las literaturas, y sacando, al compás de sus progresos, extractos de las actas más importantes del Parlamento, de las decisiones de los tribunales y de las opiniones de los jurisconsultos más distinguidos. En este largo é insípido trabajo no tuvo guia, ni ayuda, ni consejo, ni pudo encontrar un solo hombre de ley cuya opinion fuese favorable á su empresa. Sin embargo, sus investigaciones consiguieron á la larga un resultado tan satisfactorio para el mismo como sorprendente para las gentes del foro. «Alabado sea Dios! —pudo escribir.—No hay un solo estatuto, no hay una sola ley inglesa en que pueda hallarse algo que justifique la esclavitud.» Y sintiéndose ya fuerte y no dudando de nada, resumió sus estudios en una exposición clara, sucinta y seria que intituló: «De la injusticia que hay en tolerar la esclavitud en Inglaterra.» Los más eminentes jurisconsultos de la época recibieron copias de aquel trabajo, hechas por la propia mano de Sharp. El ex-propietario de Strong, viendo qué especie de hombre tenía delante, inventó diversos pretextos para aplazar su acción contra aquel, y al fin le hizo proposiciones de arreglo que fueron rechazadas. Y Granville hizo circular de tal suerte sus ejemplares manuscritos entre los hombres de ley, que á la postre aquellos que habían sido comprometi-

dos por la parte contraria se negaron á ir más lejos y el demandante fué condenado, en último resultado, á pagar triples costas por no haber seguido el proceso. Entonces, en 1769, Sharp imprimió su folleto.

En este tiempo se habían presentado otros casos de robo y embarque de negros en Lóndres para las Antillas, donde debían ser vendidos. Así que uno de aquellos casos llegaba á noticia de Sharp, apresurábase éste á tomar medidas para socorrer á aquellos desgraciados. La mujer de un africano llamado Hylas fué cogida y embarcada para la Barbada: Sharp, en nombre de Hylas, entabló su acción contra el agresor y obtuvo contra éste un auto, con indemnización de daños y perjuicios, y la muger de Hylas fué traída á Inglaterra y puesta en libertad. En 1770 otro negro fué capturado á viva fuerza sufriendo malísimos tratamientos: Granville inmediatamente se puso en la pista de los agresores. El africano, que se llamaba Lewis, había sido cogido en una oscura noche por dos barqueros empleados por la persona que reclamaba el negro como de su propiedad. Arrastrado al río, y sepultado con mordaza y atado de pies y manos en el fondo de una barca que descendió todo el Támesis, fué luego encerrado en un buque en franquía para Jamáica, donde á su llegada debía ser vendido como esclavo. Sin embargo, los gritos del pobre negro habían llamado la atención de algunos vecinos, de los cuales uno fuese á ver inmediatamente á Granville Sharp, ya conocido como «el amigo de los negros,» para darle parte del atropello que se acababa de cometer. Sharp obtuvo inmediatamente un auto para traer á Lewis y marchó en seguida á Gravesend, adonde llegó precisamente para saber que el barco se había hecho á la vela para las Dunas.

Una orden de *habeas corpus*, por aquél lograda, se envió á Spithead, y antes de que el barco pudiese dejar las costas de Inglaterra fué puesta en ejecucion. Hallóse al esclavo atado al palo mayor, inundado de lágrimas y vueltos los ojos desesperados á la tierra de donde era arrancado. Puesto inmediatamente en libertad fué reconducido á Londres, tras lo cual vino otro auto contra el autor del atentado. La prontitud de espíritu, de corazón y de acción desplegada por Sharp en este negocio, difficilmente hubiera podido ser aventajada, y sin embargo, aquél se acusaba de pesadez. Llevóse la causa ante lord Mansfield, cuya opinión, como se ha dicho, era decididamente contraria á la de Granville Sharp; pero el juez, en esta circunstancia, evitó el pronunciarse sobre el punto en litigio, y aun el expresar una opinión sobre la cuestión del derecho del esclavo á la libertad personal. Puso simplemente al negro en libertad, fundándose en que el demandante no había suministrado prueba alguna de que Lewis fuese, siquiera de nombre, su propiedad.

La cuestión de la libertad personal de los negros no se había decidido; pero Sharp proseguía asiduamente su generosa cruzada y añadía, con sus esfuerzos infatigables, una multitud de nombres á la lista de aquellos á quienes había salvado. Al fin se presentó la causa importante de James Somerset, la cual—dicese—fué elegida por mutuo consentimiento de lord Mansfield y Sharp para provocar una solución legal y decisiva de la gran cuestión que hacia ya tiempo se hallaba en litigio. El dueño de Somerset había traído á éste á Inglaterra y le había abandonado después. Más tarde quiso hacerle detener y enviarle á Jamaica para venderle allí. Sharp, como de costumbre,

se hizo cargo de la causa del negro, eligió abogados para su defensa, y lord Mansfield declaró que el asunto era de una importancia tan general que le sometería á la decision de todos los jueces reunidos. Sharp comprendió entonces que tenia que habérselas con las fuerzas combinadas de todos sus adversarios; pero no desmayó su resolucion. Felizmente sus esfuerzos en esta ardentísima lucha habian comenzado ya á dar frutos; el público se interesaba cada vez más en la cuestion, y un número considerable de jurisconsultos eminentes se habian puesto de su lado.

La causa de la libertad personal, entonces en problema, fué completa e imparcialmente discutida ante lord Mansfield, acompañado de tres jueces, y decidida conforme al ámpio principio del derecho á la libertad; derecho esencial y constitucional que todo hombre posee en Inglaterra, á menos que no le haya sido arrebatado por una ley. Es inútil entrar aquí en detalles de este gran proceso, cuyos debates se prolongaron desmesuradamente, y cuya decision fué sucesivamente aplazada de sesion en sesion hasta que se pronunció la sentencia por lord Mansfield, en cuyo vigoroso espíritu se habia verificado gradualmente un cambio tan grande bajo la impresion de los argumentos de la defensa, tomados en su mayor parte del opúsculo de Granville Sharp, hasta declarar que la opinion del tribunal era tan seria y tan unánime, que no parecia necesario de modo alguno diferir la causa á los doce jueces. Decidió, pues, que las pretensiones de los dueños de esclavos no descansaban en nada; que el poder reclamado por ellos no habia existido jamás en Inglaterra ni sido jamás reconocido por la ley, y que por consecuencia James Somerset debia ser puesto en libertad. Al obtener esta sentencia, Gran-

ville Sharp abolió en realidad el comercio de esclavos, que hasta entonces se había practicado abiertamente en las calles de Liverpool y Lóndres. Pero hizo más: estableció sobre una base inquebrantable el axioma jurídico, segun el cual un esclavo así que pone el pie en tierra inglesa es libre, y nada más cierto que esta gran decisión de lord Mansfield se debió, sobre todo, á la firmeza, á la resolución y á la intrepidez que desde el principio hasta el fin Sharp desplegó en la prosecución de esta reivindicación de la libertad de los negros.

Es ocioso seguir más lejos la carrera de Granville, y nos contentaremos con decir que continuó trabajando con un celo infatigable en toda suerte de buenas obras; que contribuyó á fundar la colonia de Sierra-Leona y á hacer de ella un asilo para los negros libertados; que trabajó por el mejoramiento de la condición de los alborígenes en las colonias americanas; que tomó parte en la agitación favorable á la reforma y extensión de los derechos políticos en Inglaterra, y que se esforzó en conseguir la abolición de la *prensa* de los marineros. Granville sostenia que el marinero inglés, como el negro africano, tenía derecho á la protección de las leyes, y que el hecho de haber elegido la vida de marino no anulaba sus derechos y privilegios de inglés, en cuya primera línea se halla la libertad personal. Sharp trabajó también, aunque inútilmente, por restablecer la amistad entre Inglaterra y sus colonias de América, y cuando la guerra fraticida de la revolución americana estalló, mostróse imbuido de un sentimiento de justicia tan escrupuloso, que resolvió no mezclarse lo más mínimo en esta lucha contra natura, é hizo dimisión del empleo que desempeñaba en la administración de artillería. Muchas

gentes no vieron en esto más que un acto de quijotismo; pero aquella conducta era solo la consecuencia obligada de sus principios.

El gran objeto de su vida, el que le ocupó hasta el fin, fué la abolicion de la esclavitud. Para llevar á feliz término esta obra, y para organizar los esfuerzos de los partidarios más ó ménos numerosos de esta causa, fué fundada la «Sociedad para la abolicion de la esclavitud,» y nuevos hombres, inspirados por el ejemplo y el ce'o de Sharp, acudieron en su ayuda. Comunicóles su energía, y el celo desinteresado con que había trabajado solo por tanto tiempo, trascendió á la postre á toda la nacion. Su manto cayó sobre las espaldas de Clarkson, Wilberforce, Brougham y Buxton, que prosiguieron esta tarea con una energía y una firmeza de propósito tales, que al fin la esclavitud fué abolida en todas las posesiones británicas. Pero aun cuando es lo frecuente asociar los nombres que acabamos de citar al triunfo de aquella gran causa, el mérito principal pertenece incontestablemente á Granville Sharp. Cuando emprendió esta obra no tuvo por auxiliares los aplausos del mundo; estuvo solo mucho tiempo frente á la opinion de los más hábiles jurisconsultos y las preocupaciones más arraigadas de la época; y solo, *solo* presentó y ganó, por sus valientes esfuerzos y su propia y exclusiva cuenta, la batalla más memorable de cuantas registra la historia de los tiempos modernos y entre todas las que han concurrido al triunfo de las libertades inglesas. Lo que siguió fué, sobre todo, el fruto de su infatigable constancia. A él la gloria de haber encendido la antorcha que inflamó otros espíritus y que se trasmitió de mano en mano hasta que la luz lo invadió todo!!

Clarkson había ya, cuando Granville Sharp murió, vuelto su atención hacia la cuestión de la esclavitud de los negros. Hasta la había elegido, estando en el colegio, para tema de un discurso, y tomó de tal suerte y tan por completo posesión de su espíritu, que desde entonces no pudo sustraerse á su imperio.

ENSEÑASE aún cerca de Wadesmill, en el Hertfordshire, el lugar en que habiéndose un dia apeado del caballo, se sentó desolado sobre el césped que bordaba el camino, y despues de largas reflexiones formó la resolución de consagrarse enteramente á esta obra. Tradujo su *Ensayo* del latin al inglés; le agregó nuevas observaciones e ilustraciones y lo publicó despues. Diversos compañeros de trabajo se reunieron á su rededor. La «Sociedad para la abolición de la trata», sociedad cuya existencia ignoraba, ya estaba formada, y cuando Clarkson oyó hablar de ella se le adjuntó, sacrificando todas las bellas esperanzas que la vida le ofrecía, para dedicarse plenamente á la causa. Wilberforce fué elegido para llevar adelante el negocio en el Parlamento; pero á Clarkson incumbió principalmente el trabajo de reunir y arreglar la masa inmensa de testimonios que debían presentarse en apoyo de la abolición. Mencionaremos un curioso ejemplo de la especie de perseverancia de *lime* que distinguía á Clarkson. Los autores de la esclavitud, en el curso de la defensa que hacían de este sistema, sostienen que solo eran vendidos como esclavos los negros hechos prisioneros de guerra, y que cuando no se los vendía, se les reservaba en su propia tierra una muerte infinitamente más horrorosa. Clarkson sabía perfectamente á qué atenerse sobre las *cañas* de esclavos dirigidas por los negreros; pero carecía de testi-

monios que hacer valer sobre este punto. ¿Dónde hallarlos? Por una gran casualidad, un caballero á quien encontró en uno de sus viajes le habló de un joven marinero americano, en cuya compañía había estado el año anterior, cuyo joven había tomado parte en una de aquellas *cañas*. Pero aquel caballero ignoraba el nombre del marinero y no podía dar, respecto de su persona, más que una descripción extremadamente vaga, ni otro informe que el de que pertenecía á un barco de guerra de pequeño porte cuyo puerto de anclaje desconocía. Con esta escasa luz, Clarkson resolvió encontrar y traer á aquel testigo. Visitó personalmente todos los puertos en que existían buques de escaso porte, subió á todos los barcos y prosiguió este exámen sin éxito, hasta que al fin llegó al último puerto y encontró á su hombre, precisamente en el último buque que le quedaba por visitar.

El testimonio de aquel joven fué uno de los más preciosos y concluyentes. Durante algunos años Clarkson sostuvo regularmente correspondencia con más de cuatrocientas personas, y recorrió durante este mismo tiempo más de 56.000 kilómetros en busca de datos y pruebas. A la postre una enfermedad, producida por la labor excesiva, le redujo á la impotencia; pero no abandonó el campo de batalla hasta que su celo hubo despertado el espíritu público y excitado la simpatía de todos los hombres de bien en favor de los esclavos.

Al fin, después de largos años de lucha la *trata* fué abolida. Pero aún queda otra cosa que recabar: la abolición de la esclavitud misma en las colonias inglesas. Y aquí aún la energía y la resolución lograron la victoria. Entre los jefes de este movimiento ninguno más notable que

Fowell Buxton, que ocupó el puesto que antes había ocupado Wilberforce en la Cámara de los Comunes.

Buxton no se había hecho notar en su infancia por cualidades precisamente brillantes. El rasgo distintivo de su carácter era una voluntad incontrastable que se manifestó desde luego por una obstinación violenta, imperiosa, cerrada. Su padre murió cuando Buxton era aún niño; pero dichosamente para éste tenía una juiciosa y excelente madre que dirigió aquella voluntad con gran cuidado, le enseñó á obedecer, aleñando su costumbre de determinarse y obrar por sí mismo en todos aquellos negocios cuya decisión podía sin peligro serle abandonada. Aquella madre creía que una firme voluntad puesta al servicio de una noble ambición y juiciosamente dirigida es una de las más preciosas cualidades humanas, y cuando se hacían delante de ella observaciones sobre la testarudez del niño, se contentaba con decir: «No os inquietéis; ahora es testarudo, pero ya vereis como ésto concluirá por ser para bien.»

Fowell aprendió muy poco en la escuela, donde se mostró algo corto y perezoso. Obligaba á sus compañeros á hacerle sus ejercicios y mientras jugaba y pilleaba. Cuando volvió á su casa, á los quince años, era un muchachón muy torpe, que gustaba de los barcos, los caballos, la caza y los ejercicios violentos, y que pasaba la mayor parte del tiempo con el guarda campesbre, que por dicha resultó ser un hombre de buen natural, que no sabía leer ni escribir, pero inteligente observador de la vida y la naturaleza. Sin embargo, había en Buxton una excelente madre, pero con ella una gran necesidad de cultura, educación y desarrollo. En estas circunstancias, y sucesivamente en el momento en que iban á formarse los hábitos de que

dependeria la felicidad ó la desgracia de su vida, hallóse afortunadamente arrojado en el seno de la familia Gurney, familia á la que distinguian excelentes cualidades sociales, una alta cultura intelectual y una generosa filantropia. Sus relaciones con los Gurney tuvieron una gran influencia en su vida: le estimularon, sobre todo, en sus esfuerzos para perfeccionar su propia educacion, y él mismo ha contado que cuando en la Universidad de Dublín trabajó de modo que llegó á obtener las muestras de distincion más honrosas, lo hizo, sobre todo, á fin de satisfacer su pasion dominante, que era entonces llevar á los Gurney los premios que le habian alentado á merecer y que le habian hecho capaz de ganar. Casóse con una de las hijas de esta familia e hizo su *debut* en el mundo de los negocios como comisionista de sus tios Hambury, cerveceros de Lóndres. Su fuerza de voluntad, que durante su infancia le habia hecho tan dificil de dirigir, sirvió entonces de base á su carácter y le hizo uno de los hombres más enérgicos e infatigables que se han conocido.

Arrojóse con todo su peso en la pelea, y el gran gigante, el *elefante Buxton* (como se le llamaba por su estatura de 1,93 metros), vino á ser uno de los hombres más vigorosos y más capaces en negocios. «Podia—son sus propias palabras—cervezaer una hora, estudiar matemáticas otra, cazar la siguiente, y eso dedicándome sucesivamente por completo á cada una de estas ocupaciones.» Llevado á cuanto exigia una energia y una determinacion invencibles, llegó á ser, una vez asociado á sus tios, el *factotum* de la empresa y su influencia se hizo sentir hasta en los menores detalles de aquellos vastos negocios que, gracias á su administracion, llegaron á un grado de prosperidad

sin precedente. De otro lado, no dejaba su espíritu sin cultura, sino que pasaba sus noches estudiando á Blakstone, Montesquieu y los mejores comentaristas de las leyes inglesas. Las máximas que seguía en estos estudios eran: «No comenzar un libro sino para concluirle;» «no darlo por leido hasta habérselo apropiado,» y «llevar á cada estudio toda la fuerza de espíritu de que fuera capaz.»

Buxton tenía solo treinta y dos años cuando entró en el Parlamento, y tomó en él desde luego aquella posición influyente, á la cual no deja de llegar un hombre honrado, instruido y resuelto, que penetra en aquella Asamblea de los primeros caballeros del mundo. La principal cuestión á que se dedicó fué la emancipación completa de los esclavos en las colonias inglesas. El mismo atribuía el vivo interés que había prestado desde su juventud á esta cuestión á la influencia de Priscilla Gurney, mujer que á una bella inteligencia y á un corazón amante, unía la práctica de las más señaladas virtudes. En su lecho de muerte envió muchas veces á buscar á Buxton y le suplicó «que hiciese de la causa de los esclavos el gran objeto de su vida.» Su último acto fué un esfuerzo para renovar esta recomendación solemne; esfuerzo en medio del cual aquella noble mujer espiró. Pero Buxton no olvidó su encargo: dió el nombre de su esposa á una de sus hijas y el día del matrimonio de ésta—el 1.<sup>o</sup> de Agosto de 1834, día de la proclamación de la libertad de los negros—después de bendecirla y de verla libre de la autoridad paterna franquear el dintel de la casa, volvió á sentarse y escribió á uno de sus amigos:

«...La novia ha partido: todo ha pasado admirablemente... *No hay ya más esclavos en las colonias inglesas!!*»

Buxton no era un genio: no era ni un jefe grande por su inteligencia, ni un inventor; era simplemente un hombre resuelto, franco, serio y energético. Nada daria una idea más exacta de su carácter que estas palabras suyas, que todo joven debiera llevar grabadas en el alma:

«Cuanto más vivo, tanto más adquiero la certidumbre de que la gran diferencia que existe entre los hombres débiles y los poderosos, los pequeños y los grandes, es la energía. Es decir, *una resolucion bien precisa, una determinacion invencible*, y despues... ¡la muerte ó la victoria! Con esta cualidad se realizará todo lo que es posible realizar en este mundo; pero sin ella no hay ni talentos, ni posicion, ni ocasiones favorables que puedan *hacer un hombre de esta criatura de dos patas* que somos todos.»

FIN



NUEVA PUBLICACION

---

LA BRUTALIDAD

DE LOS NEGROS

por

RAFAEL MARÍA DE LABRA

---

SUMARIO. Indolencia de la raza de color.—Su aversion al trabajo.—Ferocidad de sus instintos.—Incapacidad para recibir toda cultura.

Estudio estadístico.—Los blancos en la Península y en Cuba.—Los negros de Puerto-Rico, Cuba, Siberia, Congo, Estados Unidos y colonias inglesas y francesas.—Comparaciones.—Testimonios de esclavistas.—Anuncios de los periódicos de Cuba.—Resultados de la abolicion en Puerto-Rico.

Un folleto.—Precio 2 rs.

En la administracion de *El Abolicionista*.

EN PRENSA

---

LA

## COLONIZACION EN LA HISTORIA

CONFERENCIAS DEL ATENEO DE MADRID

por

RAFAEL DE LABRA

---

Dos tomos en 8.<sup>o</sup>

Estudios históricos sobre la fundacion de los Estados- Unidos de América, la catástrofe de Haití, la Constitucion del Brasil y principalmente la colonizacion española y las célebres *Leyes de Indias*.